

TWO WORDS

She went by the name of Belisa Crepusculario, not because she had been baptized with that name or given it by her mother, but because she herself had searched until she found the poetry of “beauty” and “twilight” and cloaked herself in it. She made her living selling words. She journeyed through the country from the high cold mountains to the burning coasts, stopping at fairs and in markets where she set up four poles covered by a canvas awning under which she took refuge from the sun and rain to minister to her customers. She did not have to peddle her merchandise because from having wandered far and near, everyone knew who she was. Some people waited for her from one year to the next, and when she appeared in the village with her bundle beneath her arm, they would form a line in front of her stall. Her prices were fair. For five centavos she delivered verses from memory; for seven she improved the quality of dreams; for nine she wrote love letters; for twelve she invented insults for irreconcilable enemies. She also sold stories, not fantasies but long, true stories she recited at one telling, never skipping a word. This is how she carried news from one town to another. People paid her to add a line or two: our son was born; so-and-so died; our children got married; the crops burned in the field. Wherever she went a small crowd gathered around to listen as she began to speak, and that was how they learned about each others’ doings, about distant relatives, about what was going on in the

DOS PALABRAS

Tenía el nombre de Belisa Crepusculario, pero no por fe de bautismo o acierto de su madre, sino porque ella misma lo buscó hasta encontrarlo y se vistió con él. Su oficio era vender palabras. Recorría el país, desde las regiones más altas y frías hasta las costas calientes, instalándose en las ferias y en los mercados, donde montaba cuatro palos con un toldo de lienzo, bajo el cual se protegía del sol y de la lluvia para atender a su clientela. No necesitaba pregonar su mercadería, porque de tanto caminar por aquí y por allá, todos la conocían. Había quienes la aguardaban de un año para otro, y cuando aparecía por la aldea con su atado bajo el brazo hacían cola frente a su tenderete. Vendía a precios justos. Por cinco centavos entregaba versos de memoria, por siete mejoraba la calidad de los sueños, por nueve escribía cartas de enamorados, por doce inventaba insultos para enemigos irreconciliables. También vendía cuentos, pero no eran cuentos de fantasía, sino largas historias verdaderas que recitaba de corrido, sin saltarse nada. Así llevaba las nuevas de un pueblo a otro. La gente le pagaba por agregar una o dos líneas: nació un niño, murió fulano, se casaron nuestros hijos, se quemaron las cosechas. En cada lugar se juntaba una pequeña multitud a su alrededor para oírla cuando comenzaba a hablar y así se enteraban de las vidas de otros, de los parientes lejanos, de los pormenores de la Guerra Civil. A quien le comprara